MIRADA CRÍTICA

Emilio Carballido: de la vida diaria y familiar

Con relación a su pasado literario inmediato, las noveletas *La veleta oxidada* (1954) y *El norte* (1957) de Emilio Carballido (1926) muestran un cambio de sensibilidad literaria que comienza a ser común en los primeros años cincuenta. No obstante que es apenas el inicio, los temas y tratamiento del contenido y la construcción formal revelan perspectivas novedosas, tanto en el análisis de la vida social en la dimensión de la relación de pareja dentro de una pequeña población de la provincia, como en el empleo de un lenguaje esquemático y una estructura dramática. Como narrador, su mirada y expresión descubren una sensibilidad y un oficio literarios voluntariamente distanciados de la literatura precedente, sobre todo aquella continuadora del realismo modernizado ya estereotipado de la “novela de la revolución”, desde la denuncia y crítica moral de un heredero del naturalismo como Azuela hasta la gran-

dilocuencia estetizada de un continuador del realismo como Yáñez.¹

Si bien en ambas noveletas se advierte cierta cualidad propia del arte escénico –lenguaje telegráfico, rigor en los diálogos (al punto de indicar la distinción fonética del habla de los jarochos), desarrollo narrativo sobre la base de cuadros escenificables en aparente detrimento de las descripciones y estructura dramática de la ficción a partir de la transformación de la

¹ Emilio Carballido, *La veleta oxidada* (1954) y *El norte* (1957). Xalapa, Universidad Veracruzana (Ficción), 1980. En el curso del posgrado de la UNAM que impartí se comentaron (25/04/05) ambas noveletas. Intervinieron Cristina Romo, Roberto Gómez Estrada, Graciela Reynoso, Iván González, Hernán Carrillo, Yolanda Mendoza, Margarita Vargas y Óscar Cortés Tapia. En esta nota recupero parte de lo expuesto por ellos más mis propios aderezos. Georgina Naufal Tuena, tras la revisión de las noveletas, leyó ésta nota; sus consideraciones también las incorporé.

conducta humana—, también es visible una propuesta narrativa esquemática y concisa, en donde las elipsis cumplen la función de abrir el relato al lector, para invitarlo a una participación activa en la conformación de los ambientes. En otras palabras, Carballido otorga mayor jerarquía a las características de sus personajes, en cuanto a sus conductas, expresiones y proceso de transformación de su personalidad y sensibilidad dentro de las situaciones en las que están enmarcados, y cede al lector la tarea de completar los escenarios de la naturaleza o de los lugares sólo sugeridos mediante descripciones exiguas y trazos apresurados; son como bocetos tenuemente dibujados.

Las historias de *La veleta oxidada* y de *El norte* parecen convencionales, tanto que podrían considerarse tópicas, en particular la primera de ellas. Ambas son historias de amor y ambas presentan el conflicto de la pareja. En *La veleta oxidada* los jóvenes Martha y Adán parecen compartir intereses intelectuales cuando se conocen en la ciudad de México y se comprometen como pareja; pero cuando los dos se trasladan al pueblo de él para ahí hacer su vida, ella se confronta con las tradiciones locales y con su cuñada, Adela, que su hermano se llevó a vivir a la misma casa. En *El norte* la relación de pareja se establece entre Isabel, mujer de escasos cuarenta años de edad —viuda tras veintidós de matrimonio con un militar dos veces mayor que ella, que él compra a su familia, pues entonces ella apenas es una adolescente y son los padres los que deciden sobre su hija—, y Aristeo, un mozalbete con quien se enreda y hacen un viaje al puerto de Veracruz, donde pasarán algunos pocos días de vacaciones atrapados por un temporal, el norte.

No obstante la convencionalidad de las dos historias, el autor muestra ciertas conductas con sugerido valor simbólico útiles para romper la cualidad tópica. El más notorio se identifica en la puesta a prueba de la relación de pareja, dentro de condiciones de excepción. En ambas, la rutina cotidiana se rompe de manera súbita y fortuita por un agente externo: la cuñada de la protagonista en *La veleta oxidada* cuestiona la pareja de su hermano y la sirvienta de la protagonista de *El norte* sugiere unas vacaciones en el puerto de Veracruz. Para las dos la respuesta es única: ambas mujeres salen de lo suyo propio y, en su lugar, entran a una nueva, distinta y extrema condición de vida; en *La veleta oxidada* para convertirse en madre y esposa y en *El norte* para convertirse en amante. Carballido, con discreta habilidad narrativa, al nuevo ambiente de ambas lo acompaña de un ritmo dramático *in crescendo*. Para ello emplea una paulatina reducción (de la extensión expositiva) de los episodios conflictivos encauzados hacia una visible aceleración de los acontecimientos y, a su vez, hacia un final tan dramático como inesperado, aunque ciertamente convencional, que de tan inevitable podría parecer obvio en una perspectiva severa.

En *La veleta oxidada* Martha confronta su dinámica de simulación intelectual en la ciudad de México con la dinámica de una vida doméstica dentro de una sociedad pueblerina cuyas costumbres, creencias y valores son diferentes, que por supuesto ella reprueba y a ella esa sociedad también; la confrontación se expresa y acentúa cuando ella ni quiere ni puede embarazarse, lo cual genera distanciamiento con su pareja y murmuraciones en el pueblo. Transcurridos los

meses, cuando decide aceptar el embarazo, lo hace tanto para recuperar a su pareja como para recuperar su vida en la ciudad, porque deberá volver para que le practiquen una operación.

El desencuentro con su propio e imaginario pasado citadino revela en Martha la dimensión y consistencia de su simulación. Esto coincide con su embarazo, nada falso y fruto de un único encuentro amoroso con Adán. Regresa al pueblo cuatro meses después, corren rumores (propiciados por Adela) que la descalifican y Martha choca con una realidad: Adán también embarazó a la sirvienta. Debido a la tensión y a un esfuerzo excesivo, Martha tiene un parto prematuro y pierde al bebé, viva copia del padre, con lo cual se desenmascaran las mentiras acuñadas por Adela y que el pueblo hace suyas y repite, y también se desenmascara la simulación de una relación en pareja fincada sobre cimientos falsos, pues entre Adán y Martha no existen ni comprensión ni mucho menos amor.

En *El norte* Isabel confronta una realidad íntima que ni siquiera sospechaba: en sus tempranos cuarenta y en su calidad de viuda y pensionada, deberá cancelar su sexualidad y su desenvolvimiento como persona por vía de la educación. Sin embargo, por un acto fortuito, aparece Aristeo, quien le hace una insinuación torpe, burda. Ella se deja conducir por su curiosidad y deseo; en su pensamiento no asoman riesgos ni consecuencias, porque desde hace mucho dejó de pensar. La relación entre la mujer madura y el mozalbete revela conductas y condiciones opuestas: ella procura ocultarla para eludir los estigmas sociales y él busca exhibirla para mostrar su virilidad, y las diferencias de estratos sociales, econó-

micos y de edad descubren el abismo que los separa. Lo previsible es el flujo de dinero y obsequios de ella hacia él, la única demanda visible estimulada por su contexto familiar y social. Ella accede, y aprovecha para adecentarlo un poco con aseo y ropas, supuesto sucedáneo de cualquier tipo de vínculo emocional y muy discreta vía para redimirlo por vía de la educación.

La estancia en el puerto de Veracruz revelará la fragilidad de una relación fincada sobre un encuentro fortuito, ayuno de deseo y pasión. También muestra la vulnerabilidad de la mujer, expuesta a la muy obvia inmadurez y a la incontinente fuerza del mozalbete; allá una feminidad que se defiende con fingidos gestos de autoritarismo y acá un incipiente machismo que se expande con violentos rasgos de incompreensión. Si antes la sirvienta había provocado la curiosidad de vivir lo excepcional, ahora en el Puerto el incidental Max será el agente que detonará una impulsiva ruptura. Entre Isabel y Aristeo bastarán pocos días y el alejamiento de la rutina y los escenarios cotidianos para revelar no la borrasca de una pasión, sino la turbulencia huracanada de una relación imposible, porque la curiosidad y apetito se agotan en instantes, con la sola, única prueba.

Como algunos de sus coetáneos dramaturgos, Emilio Carballido en sus dos noveletas urde el tema de la pareja a partir de atmósferas familiares y dentro de la más convencional cotidianidad, que súbitamente se rompe con gestos de excepción como representa el embarazo contradictoriamente deseado / rechazado por Martha en *La veleta oxidada* y la relación entre la mujer madura y el joven en *El norte*. La grandilocuencia social y

política promovida por la novela de la revolución no asoma por ningún resquicio, ni siquiera de manera involuntaria. Por el contrario, sin pretensiones psicológicas ni afanes de denuncia moral y con gruesos trazos de los caracteres de sus personajes, el autor dibuja las cualidades de dos tipos de relaciones de pareja en donde convenciones sociales tan vanas como estériles conducen a despeñaderos íntimos irresolubles, porque ni un hijo salva a un matrimonio carente de todo vínculo afectivo e intelectual, ni un encuentro sexual fortuito, por satisfactorio que sea y por mucho que se repita, permite resarcir las carencias afectivas más elementales.

Más aún, las diferencias de intereses culturales e historias familiares entre Martha y Adán en *La veleta oxidada* y las ya referidas entre Isabel y Aristeo en *El norte* delimitan netamente la personalidad de ambas mujeres, eje sobre el cual Carballido estructura el drama de sus noveletas. Primero (causa), las circunstancias las conducen hasta situaciones de excepción que deberán resolver en su más profunda e íntima soledad, que nunca se indica en el texto, pero sí se sugiere. Después (efecto), las dos mujeres se reconocen desamparadas, porque la sociedad las ha marginado: Martha descubrió la dimensión de su simulación como intelectual y poetiza en la ciudad, con la que se amparaba en el pueblo, cuyo sistemático rechazo la marginó hasta expulsarla, e Isabel descubrió los meandros de un juego sexual originado por la curiosidad y el deseo, cuyo final la devuelve a su propia soledad.

En *La violeta oxidada* y *El norte* nos encontramos ante una nueva expresión literaria de crítica social y moral. Carballido elige temas como la simulación

y la insatisfacción dentro de la relación de pareja para mostrar cómo en el seno familiar la putrefacción por falta del más elemental afecto resulta inocultable. El autor no lo dice, lo exhibe. Es el caso de Isabel, quien como adolescente tardó más de un año en tomarle confianza a su esposo y a los diez de casada se convirtió en su enfermera durante doce más. En tan largo lapso –entre sus 16 y sus 38 de edad–, ella padeció los rigores de la soledad, del maltrato y de la servidumbre; fue una ama de casa útil para satisfacer primero las necesidades sexuales y después cuidar las enfermedades del esposo, mientras ella se anulaba sistemática e inexorablemente, aunque admita que casi había llegado a amar a su marido. Ya viuda y pensionada y sumergida en la oscura rutina de la evasión, Isabel confunde el gusto de una curiosidad y apetito con la satisfacción del placer. Al final, Max obvia el estigma social: una viuda es una mujer disponible, y por lo tanto abusa de ella para destruirla con la violación y con los golpes de Aristeo. El norte se vino encima: el huracán de su ingenuidad y de la incompreensión de Aristeo frustraron a Isabel. El castigo que infiere Carballido a su protagonista es severo, pero no menos convencional.

Con Martha el autor es más benévolo, porque no obstante la simulación en la que está enredada, tiene la capacidad para percibir la mentira de los otros –desde su esposo Adán y su cuñada Adela hasta todo el pueblo– y revirar la crítica sin ninguna complacencia. Si las evidencias eran de suyo elocuentes entre los contrincantes representados en Martha y Adela, el hecho de que el bebé sea el vivo rostro del padre no sólo obvia la verdad, sino que Martha se encarga

de devolverles la afrenta cuando espeta: “–Hasta que se pudra”. Con éste único, preciso gesto, Martha se recupera a sí misma en su más cabal extensión, aunque también signa su divorcio. Cambiará de forma de vida, una vez más. Ya lo había hecho, primero para casarse y dejar la ciudad, luego para embarazarse y dejar las fantasías de la simulación intelectual, y por último para dejar el pueblo e iniciar la migración íntima hacia nuevos derroteros. Martha es una veleta oxidada que se orientará según el viento y no su convicción. El reclamo que hace Carballido a su protagonista también es severo, pero no abandona lo convencional.

En las dos noveletas subyace un ámbito de provincia asfixiante. Aunque nunca se dice ni exhibe, con vagos trazos se dibuja cierta sensación de enojo contra todo. Como si Emilio Carballido se encontrara en un estado anímico de insatisfacción vital que se transparentara a través de sus protagonistas, que perciben en la provincia una franca hostilidad, sea por las historias de maledicencia, como las inventadas por Adela contra su cuñada en *La violeta oxidada*, o sea por el clima de permanente borrasca y cerrazón en *El norte* (al punto que, casi al final, el autor se confunde con sus propios personajes, Isabel con Ángela). Por esto resulta comprensible que sus protagonistas tomen una decisión vital luego de la crisis. Entre Isabel y Aristeo, ella volverá a lo suyo, mientras él descubrirá nuevos horizontes propiciados por la libertad estimulada por Isabel, y entre Martha y Adán, él permanecerá cada vez más sumergido en su probada rutina doméstica y pueblerina, mientras ella marchará hacia derroteros

nuevos. La nítida insatisfacción vital de las parejas de protagonistas se enfrenta a una disyuntiva íntima: el coraje para renunciar y avanzar o la resignación para mantenerse en su propia inercia.

Por último, para los años cincuenta del siglo pasado las sagas familiares, las evocaciones de la revuelta revolucionaria, los escenarios sociales de la pobreza y la marginalidad, el cuestionamiento de los resultados derivados del gobierno de la revolución y tantos otros tópicos comunes en la literatura realista entonces aún vigente comienzan a ser desplazados por los temas de la familia y de la relación de pareja dentro de las clases medias urbanas, en los que se ocuparán los dramaturgos (de manera más acusada) y los narradores nacidos en la segunda mitad de los años veinte. Junto a los nuevos temas, llegan nuevos tratamientos formales. Como en *La veleta oxidada* y en *El norte*, la atención recaerá en la persona, en tanto individuo representativo no de una sociedad –con su grandilocuencia ideológica y pedagógica–, sino en tanto ilustración de una conducta y una sensibilidad comunes, humanas. Ya no se buscará la dimensión social –tan apreciada en los libros de texto–, sino que se trazarán los rasgos esenciales de los hombres en su dinámica convencional, con la cual revelará nuestras mezquindades, complejos, temores y tanto más de la vida diaria y familiar que había pasado inadvertida.

Víctor DÍaz Arciniega*

* Departamento de Humanidades, UAM-A.